

Que para hablar de tu ingrato,
Será tercero el camino.

D.^a LUC.—Mi celoso desatino
El sueño me ha de impedir.

D.^a ANA.—A las doce es el partir
Forzoso.

D.^a LUC.—Y tú ¿no reposas?

D.^a ANA.—No, Lucrecia; que mil cosas
Me faltan por prevenir.

D.^a LUC.—¿Puedo ayudarte?

D.^a ANA.—Ayudarme
Dejarme sola será.

D.^a LUC.—El obedecerte es ya
Forzoso. (Vase.)

D.^a ANA (Ap.—Como el matarme.)
¡Celia! (Llamando.)

ESCENA IV.

CELIA Y D.^a ANA.

D.^a ANA.—Ven, ven á ayudarme
A lamentar mi tormento:
Presta tu voz á mi aliento;
Que en desventura tan grave,
Por una boca no cabe
A salir el sentimiento.

CELIA.—¿Qué ha sido?

D.^a ANA.—Nuevos agravios

Del vil don Mendo; que en suma
Firma también con la pluma
Lo que afirmó con los labios.

CELIA.—Mudar consejo es de sabios;
Hasta aquí nada has perdido;
Tu misma vista y oído

Te han avisado tu daño:

Agradece el desengaño

Que á tan buen tiempo ha venido.

Quien así te injuria ausente,

Y presente lisonjea,

O engañoso te desea,

O deseoso te miente:

Y cuando cumplir intente

Lo que ofrece, y ser tu esposo;

Si ordinario, y aun forzoso

Es el cansarse un marido,

¿Cómo hablará arrepentido

Quien habla así deseoso?

D.^a ANA.—No es, Celia, mi corazón

Ángel en el aprender,

Que nunca pueda perder

La primera aprehension:

No es bronce mi corazón,

En quien viven inmortales

Las esculpidas señales;

Mudarse puede mi amor:

Si puede, ¿cuándo mejor
 Que con ocasiones tales?
 No pienses que está ya en mí
 Tan poderoso y entero
 El gigante amor primero
 A quien tanto me rendí;
 Desde la noche que oí
 Mis agravios, la memoria
 En tan afrentosa historia
 Tan rabiosamente piensa,
 Que entre el amor y la ofensa
 Dudaba ya la vitoria;
 Pero con tan gran pujanza
 La nueva injuria ha venido,
 Que del todo se ha rendido
 El amor á la venganza.

CELIA. — ¿Serás firme en la mudanza?

D.^a ANA — O el cielo mi mal aumente.

CELIA. — Tus venturas acreciente,
 Como contento me ha dado
 Tu pensamiento, mudado
 De un hombre tan maldiciente.
 Que desde que estando un día
 Viéndote por una reja,
 La cerré, y me llamó vieja,
 Sin pensar que yo lo oía,
 Tal cual soy, no lo querría,
 Si él fuese del mundo Adán.

D.^a ANA — Que eran botes mi Jordan
 Dijo de mí: ¿qué te altera
 Que á tus años se atreviera?

CELIA. — ¡Cuán diferente es don Juan!
 Ofendido y despreciado,
 Es honrar su condicion,
 Cuando el lengua de escorpion
 Ofende siendo estimado.
 Una vez desesperado
 Don Juan se quejaba así:
 «¿Qué delito cometí
 En quererte, ingrata fiera?
 ¡Quiera Dios!... Pero no quiera,
 Que te quiero más que á mí.»
 ¡Si vieras la cortesía
 Y humildad con que me habló
 Cuando licencia pidió
 Para verte el otro día!
 ¡Si vieras lo que decía
 En mi defensa á un criado,
 Que porfiaba arrojado
 Que si yo dificultaba
 La visita, lo causaba
 Ser él pobre desdichado!
 ¡Si vieras!... ¿Pero qué vieras
 Que igualase á lo que viste,
 Cuando del traidor le oíste
 Defenderte tan de veras?

Ya te ablandaras, si fueras
Formada de pedernal.

D.^a ANA—¿Qué te obliga á que tan mal
Te parezca mi desden?

CELIA.—Tener á quien habla bien
Inclinacion natural;
Y sin ella, me obligara
La razon á que lo hiciera.

D.^a ANA—Celia, ¡si don Juan tuviera
Mejor talle y mejor cara!

CELIA.—¡Pues cómo! ¿en eso repara
Una tan cuerda mujer?

En el hombre no has de ver
La hermosura ó gentileza:

Su hermosura es la nobleza,
Su gentileza el saber.

Lo visible es el tesoro
De mozas faltas de seso,

Y las más veces por eso
Topan con un asno de oro.

Por eso no tiene el moro
Ventanas: y es cosa clara

Que, aunque al principio repara
La vista, con la costumbre

Pierde el gusto ó pesadumbre
De la buena ó mala cara.

D.^a ANA—No niego que desde el dia
Que defenderme le oí,

Tiene ya don Juan en mí
Mejor lugar que solia,

Porque el beneficio cria
Obligacion natural:

Y pues el rigor mortal
Aplacó ya mi desden,

Principio es de querer bien
El dejar de querer mal.

Pero no fácil se olvida
Amor que costumbre ha hecho,

Por más que se valga el pecho
De la ofensa recibida;

Y una forma corrompida
A otra forma hace lugar.

Mas bien puedes confiar
Que el tiempo irá introduciendo

A don Juan, pues á don Mendo
He comenzado á olvidar.

CELIA.—¿Podré yo ver el papel?
D.^a ANA—Pide luces, que la obscura

Noche impedirte procura
Ver mis agravios en él.

*(Celia se entra por un momento á dar
el recado, y vuelve.)*

ESCENA V.

UN ESCUDERO *con luces*, CELIA, *y despues*
EL DUQUE, D. JUAN Y D.^a ANA.

CELIA. — Ya están las luces aquí.
D.^a ANA. — Ten el papel. (*Dale el papel á Celia.*)
ESCUDERO (*á doña Ana*). — Dos cocheros
Piden licencia de veros.

D.^a ANA. — Entren.

ESCUDERO. — Entrad.

(*Vase el escudero, y salen el Duque y don Juan, de cocheros.*)

D. JUAN (*aparte al Duque*). — Pues á ti
Nunca te ha visto, seguro
Habla de ser conocido,
Mientras yo callo, escondido
En manto de sombra obscuro.

DUQUE. — El cielo os guarde, señora.

D.^a ANA. — Bien venido.

DUQUE. — Acá me envía

El cohero que os servía,
Y no puede hacerlo agora,
Rendido á un dolor cruel.
¿A qué hora habeis de partir?
Que os tengo yo de servir
Esta jornada por él.

D.^a ANA. — ¿Tanto es su mal?

D. JUAN. — Por lo ménos
No podrá serviros hoy.

D.^a ANA. — Pésame.

DUQUE. — Persona soy
Con quien no lo echaréis ménos.

D.^a ANA. — A média noche esté el coche
Prevenido á la carrera.

DUQUE. — Y será la vez primera
Que el sol sale á média noche.

D.^a ANA. — ¿Cómo es eso?

DUQUE. — Como es eso.

D.^a ANA. — ¿Tierno sois?

DUQUE. — ¿Ls contra ley?

Alma tengo como el Rey:

Aunque este oficio profeso,

No huyo de amor los males;

Que si por ellos no fuera,

Yo os juro que no estuviera

Cubierto de estos sayales.

D.^a ANA. — ¡Pues qué! ¿son disfraz de amor
Por infanta pretendida?

DUQUE. — Puede ser.

D.^a ANA. — ¡Bien por mi vida!

(*Ap. El cohero tiene humor.*)

CELIA. — Don Mendo viene.

D.^a ANA. — Id con Dios,

Y á média noche os espero.

DUQUE.—Tengo, por mi compañero,
 También que tratar con vos;
 Que es suyo el coche en que va
 Vuestra gente, y esta noche
 Ya veis cuánto vale un coche,
 Y concertado no está.
 La visita recibid,
 Que los dos esperaremos.

D.^a ANA.—Por eso no reñirémos,
 Si con bien llego á Madrid.

DUQUE.—Señora, entré padres y hijos
 Parece bien el concierto.
(Retíranse el Duque y don Juan, pero quédanse acechando tras de una puerta.)

ESCENA VI.

DICHOS, D. MENDO Y LEONARDO.

D. MEN.—¡Gloria á Dios, que llego al puerto
 De combates tan prolijos!

DUQUE *(aparte á don Juan)*.
 —Escuchar pretendo así
 Si á don Mendo favorece
 Doña Ana.

D. JUAN.—Pues ¿qué os parece?

DUQUE.—Que por mi daño la ví.

ESCENA VII.

DICHOS Y D.^a LUCRECIA Y ORTIZ, quedándose
 á una puerta en acecho.

D.^a LUC. *(medio para sí)*.

—¡Don Mendo con ella, cielos!

ORTIZ *(ap. á su ama)*.—¿Si sabe que estás acá?

D.^a LUC.—Cerca el desengaño está.

ORTIZ.—Hoy averiguas tus celos.

D. MEN.—¿Qué es esto, doña Ana hermosa?

¿No me respondes? ¿Qué es esto?

¿Quién ha mudado tan presto

Mi fortuna venturosa?

¡Tú, señora, estás así

Grave y callada conmigo!

¿Quién me ha puesto mal contigo?

¿Quién te ha dicho mal de mí?

Habla: dime tu querella.

D.^a ANA.—¿Tú puedes causarme enojos,

Teniendo una alma y dos ojos

Para escoger la más bella?

D. MEN. *(ap. Palabras son que escribí*

A la engañada Lucrecia.)

—Esperado habrá la necia

Lucrecia tener de mí

Favor con hacerme daño;

Mas no pienso que le importe.

Vamos, señora, á la corte

Verás si la desengaño....

D.^a LUG. (*ap.*)—¡Ah falso!

D. MEN. —Que su favor

No estimo, porque concluya,
Lo que una palabra tuya,
Aunque la engendre el rigor.

D.^a ANA—¿Cómo, pues, si el labio mueve

Mi mediano entendimiento,
Helado queda mi aliento
Entre palabras de nieve?

D. MEN. (*ap.* Don Juan le debió de dar

Cuenta de nuestra porfia;
Mas aquí la industria mia
Las suertes ha de trocar;
Que si la verdad confieso,
Y que el amor y el poder
Temí del Duque, es mujer
Y despertará con eso.)

—Vuelve ese rostro, en que veo
Cifrado el cielo de amor.

D.^a ANA—Don Mendo, así está mejor

Quien tiene el cerca tan feo.

D. MEN.—Ya colijo que don Juan

De Mendoza, mal mirado,
La contienda te ha contado
De la noche de San Juan;
Que conozco esas razones
Que el necio dijo de tí,

Porque yo le defendí
Tus divinas perfecciones.

D. JUAN (*medio para sí*).—¡Ah traidor!

DUQUE (*aparte á don Juan*). —Disimulad.

D. MEN.—Pero don Juan bien podía

Callar, pues que yo queria
Perdonar su necedad.

Mas ya que estás desafortunada

De mí, señora, ofendida,

Porque le dejé la vida

A quien se atrevió á ofenderte,

No me culpes, que el estar

El Duque Urbino presente,

Pudo de mi furia ardiente

El impetu refrenar.

CELIA (*ap. á su ama*).—¡Qué embustero!

D.^a ANA (*aparte*). —¡Qué engañoso!

CELIA (*á su ama*).—¡Mira con quién te casabas!

D. MEN.—Si por eso me privabas

De ver ese cielo hermoso,

Vuelve, que presto por mí

Cortada verás la lengua

Que en tus gracias puso mengua.

D.^a ANA—Pues guárdate tú de tí.

D. MEN.—¡Yo de mí! ¿Luego yo he sido

Quien te ofendió?

D.^a ANA —Claro está.

¿Quién sino tú?

D. MEN. —¿Cuánto va
Que ese falso, fementido,
Lisonjero universal,
Con capa de bien hablado,
Por adularte ha contado
Que él dijo bien y yo mal?
Mas brevemente verán
Esos ojos, dueño hermoso,
Castigado al malicioso.

D.^a ANA.—Para entre los dos, don Juan
Es un buen hombre; y si digo
Que tiene poco de sabio,
Puedo sin hacerle agravio.
Vuestro deudo es, y mi amigo,
Mas esto no es murmurar.

D. MEN.—Eso dije á solas yo
Al Duque, que se admiró
De verle vituperar
Lo que yo tanto alabé.

D.^a ANA.—Dilo al revés.

D. MEN. —Segun esto,
Quien contigo mal me ha puesto,
El Duque sin duda fué.
¡Aun no ha llegado á la corte
Y ya en enredos se emplea!
¿O piensa que está en su aldea,
Para que nada le importe
Su grandeza y calidad

Al necio rapaz conmigo,
Para no darle el castigo?
DUQUE (*medio para sí*).—¡Ah traidor!
D. JUAN (*aparte al Duque*). —Disimulad.
D.^a ANA.—¿Qué sirven falsas excusas,
Qué quimeras, qué invenciones,
Donde la misma verdad
Acusa tu lengua torpe?
Hablas tú tan mal de mí,
Sin que contigo te enojas,
¡Y enójaste con quien pudo
Contarme tus sinrazones!
Quien te daña es la verdad
De las culpas que te ponen.
Si pecaste y yo lo supe,
¿Qué importa saber de dónde?
Pues nadie me ha referido
Lo que hablaste aquella noche:
Verdad te digo, ó la muerte
En agraz mis años corte.
Y siendo así, sabes tú
Que son las mismas razones
Las que aquí me has escuchado,
Que las que dijiste entónces.
Y pues las sé, bien te puedes
Despedir de mis favores,
Y á toda ley hablar bien
Porque LAS PAREDES OYEN. (Vase.)

ESCENA VIII.

D. MENDO, CELIA Y LEONARDO; EL DUQUE Y D. JUAN,
*acechando desde una puerta; D.^a LUCRECIA Y
ORTIZ, acechando desde otra.*

D. MEN.—Vuelve, escucha, dueño hermoso,
Lo que mi fe te responde;
Y pues oyen las paredes,
Oye tú mis tristes voces.

D.^a LUC. (*ap.*)—Mas que de tristeza mueras.
(*Vanse doña Lucrecia y Ortiz.*)

CELIA (*ap.*) Mas que eternamente llores. (*Sale.*)
DUQUE (*á don Juan.*) ¿De dónde pudo doña Ana
Saber lo que aquella noche
Hablamos?

D. JUAN —Yo no lo he dicho.

DUQUE. —Ni yo.

D. JUAN —Las paredes oyen.
(*Vanse el Duque y don Juan.*)

D. MEN.—Oyeme tú, Celia, así
Tus floridos años logres.

CELIA. —Las que ya llamastes canas,
¿Cómo agora llamas flores?

D. MEN.—¿Quién te ha dicho tal de mí,
Celia?

CELIA. —Las paredes oyen. (*Vase.*)

ESCENA IX.

D. MENDO Y LEONARDO.

D. MEN.—¿Qué es esto, suerte enemiga?
¡Por tan falsas ocasiones,
Tan verdadera mudanza
En voluntad tan conforme!
¡Que pueda ser quien me ha dado
Los mas estrechos favores,
A mi acusacion de cera
Y á mi descargo de bronce!
¿A mis contrarios escuchas?
¿A malos terceros oyes?
¿A mí el oído me niegas?
¿A mí la cara me escondes?

LEONAR.—Con la pasión no discurre.

¿Posible es que no conoces
Que tan extraños efectos
A mayor causa responden?
No por las culpas que dice,
Hay mudanza en sus amores;
Antes por haber mudanza,
Aquestas culpas te pone;
Que si el enojo que ves
Causaran tus sinrazones,
No tan resuelta negara

Los oídos á tus voces:
 Que á quien obligan ofensas
 De quien ama á que se enoje,
 La satisfacion desea
 Cuando la culpa propone.
 Doña Ana no quiso oírte:
 Y así me espanta que ignores
 Que culpas ha menester,
 Pues huye satisfaciones:
 Y el que anda á caza de culpas,
 Intencion resuelta esconde
 Y pretende dar color
 De castigo á sus errores.

D. MEN.—Bien imaginas.

LEÓNAR. —Señor,
 Ciego estás, pues no conoces
 Su desamor en su ausencia,
 Su engaño en sus dilaciones.
 Dilató por las novenas
 El matrimonio; engañóte;
 Que no hay mujer que al amor
 Prefiera las devociones.
 Con secreto caminaba
 A otro fin su trato doble;
 Y por si no lo alcanzase,
 Entretuvo tus amores.
 Ya lo alcanzó, y te despide
 Sin que en descargo le informes;

Que ha menester que tus culpas
 Su injusta mudanza abonen.

D. MEN.—Agudamente discurre:
 Mas por los celestes orbes
 Juro que me he de vengar
 De su rigor esta noche.

LEÓNAR.—Poderoso eres, señor.

D. MEN.—De allá han salido dos hombres.

LEÓNAR.—Cocheros son de doña Ana.

D. MEN.—La fortuna me socorre.

ESCENA X.

EL DUQUE Y DON JUAN, *de cocheros*, DON
 MENDO Y LEONARDO.

DUQUE. (*Aparte con don Juan.*)

—No vi hermosura mayor,
 Ni tal discrecion oí.

D. JUAN—¿Luego á don Mendo venci?

DUQUE.—Pregúntaselo á mi amor.

¡Vive el cielo, que estoy loco!

D. JUAN (*Ap.*)—Mi invencion es ya dichosa.

DUQUE.—Será mi esposa.

D. JUAN —¡Tu esposa!

DUQUE.—Sí.

D. JUAN (*Ap.*)—Ni tanto ni tan poco.

D. MEN.—Dios os guarde, buena gente.